



**Hugo Rodríguez-Alcalá**

△▽

## **El escolar de la última fila**

Yo te voy a hacer un cuaderno; no te preocupes -le dijo su mamá.- Jorge la miró silenciosamente. Notó, no pudo menos de notar a despecho de su desencanto, una extraña turbación en la cara normalmente plácida y risueña de su madre. Él quería unos cuantos pesos para comprar un cuaderno como el que tenían todos en la escuela, ese cuaderno con tapa celeste, con un general de charreteras hermosas en la tapa. También quería dos lápices amarillos con borrador en un extremo.

¿Por qué no le daba esos pocos pesos? Miró por la ventana hacia la plaza con la iglesia blanca y los árboles que daban largas sombras sobre los bancos. Era el comienzo de la siesta; tenía que ir pronto a la escuela; tenía que estar allá antes de una hora, caminando por esas calles calientes sin más árboles que unos naranjitos polvorientos.

El tren pitó al salir de la estación cercana; oyó los resoplidos de la locomotora antigua.

Entre tanto su madre había cortado unos grandes papeles blancos que las tijeras redujeron al tamaño reglamentario; ahora los cosía con velocidad y esmero; ahora faltaba la tapa. Su madre buscó en unos cajones del escritorio algún cartón, alguna cartulina. Encontró un viejo cuaderno forrado. Un cuaderno todo escrito con renglones cortos. Le sacó el forro; vio que la tapa estaba bien, sin manchas ni escritura de ninguna

clase. Cosió esta tapa al cuaderno, luego la forró con un papel celeste. Usando una regla dibujó con [99] tinta china un cuadrángulo, un cuadrángulo que haría de rótulo. En seguida, con una pluma fina y la misma tinta negra, escribió su nombre, su apellido: Jorge García. Después su grado, y el nombre de la escuela.

Secada la tinta con un secante muy usado pero todavía poroso y eficaz, miró su obra con satisfacción y dijo:

-¿Qué te parece? ¡Es tuyo!

Jorge hubiera querido pedir unas figas nuevas para sus largas medias; el piolín con que por cuarta o quinta vez la sujetaba debajo de la rodilla le dolía un poco ahora. Cuando vuelto de la escuela se descalzara, vería una marca roja, hundida, en cada una de sus piernas.

Pero no dijo nada. Recibió el cuaderno mirándolo sin mucho interés. Su madre lo abrazó con fuerza; lo besó varias veces. Ni entonces le dio las gracias. Metió el cuaderno en su cartera de cuero con cierre roto, se miró los zapatos muy gastados, el guardapolvo limpio pero raído, y pensó en Martín, en Víctor, en José María, muchachos ricos de quienes quería ser amigo porque los otros eran muy brutos, y éstos, aunque orgullosos, eran bien educados.

\*\*\*

A una cuadra de la escuela, en una esquina con sombra había unos veinte o más muchachos que rodeaban carritos de vendedores de helados. Por unas moneditas, los vendedores entregaban un barquillo con deliciosas formas blancas, amarillas, rosadas o color de chocolate que había que evitar se derritieran con rápidos, golosos lengüetazos. ¡Él no podía tomar esos helados! Eran antihigiénicos -se decía en su casa-; le estaban prohibidos. ¡Qué envidia a estos chicos felices que corrían de aquí para allí gritando, sorbiendo sus helados, diciendo palabrotas, divirtiéndose tanto! [100]

La librería estaba abierta y él miró hacia adentro. Allí, además de los útiles, había cosas hermosas: había revólveres de juguete; había globos de goma, había escopetas que disparaban dardos con una goma cóncava en la punta. Los otros chicos tenían revólveres así, guardados en sus carteras entre sus útiles. Eso, más que nada, él les envidiaba.

Los helados que veía tomar a tantos con tanto gusto, le dieron sed. Había caminado por calles caldeadas por el sol de marzo. En la escuela había agua; pero le estaba prohibido tomar. No era potable -se decía en su casa. En su casa se sabían más cosas que en otras casas; sus padres eran cultos. Ser culto le parecía algo descorazonante. Le obligaba a él a no beber el agua del tanque de metal claro que había en la escuela en el patio alto, en un rincón. Allí los otros chicos se peleaban por llenar, impacientes, sus jarritos de aluminio. Él no tenía como los otros un jarrito. ¿Para qué? El agua le estaba prohibida. También le estaba prohibido ir al servicio en los recreos. Eso sí él no lo entendía. Nunca había estado en el servicio, lugar apartado en el patio bajo. Tenía que esperar hasta llegar a casa, a veces corriendo, porque se había aguantado mucho.

\*\*\*

La escuela era grande, calurosa y fea. Estaba hecha de muchas casas, viejas casas que, unidas en la misma manzana, compartían, unas el patio alto; otras, el patio bajo. En los patios no había un árbol, no había un toldo. Baldosas y baldosas, calientes hasta bien después de caer el sol. Uno iba de una casa a otra para llegar a su aula; aula donde antes hubo camas, mesas tocadores, aparadores, pero donde hoy sólo había bancos, bancos y bancos. Bancos hasta en los zaguanes convertidos en aulas. En algunas los pizarrones colgaban de los codos de las fallebas en zaguanes de puertas condenadas. En todas había un calor horrible. [101]

Jorge entró por la puerta principal, la entrada de la casa donde la escuela tenía la Dirección, y la Dirección un cuadro enorme de no sabía qué batalla con soldados de largos fusiles y unos cañones negros que lanzaban fognazos inmóviles.

Subió al patio alto por una ancha escalera de mampostería; cruzó el patio; vio, a la izquierda, el tanque de agua. Allí había agitación de chicos que tomaban ya o querían tomar lo antes posible el agua no potable.

Entró en su aula después de cruzar otra aula que funcionaba en un zaguán de tres hileras de bancos viejos, sucios de tinta y otros más viejos y medio desvencijados.

Se sentó en la última fila. El primer día de clase, la maestra lo había colocado en primera fila. Creía, seguramente que, porque su padre y su madre eran cultos, que él sería un gran alumno. Dos semanas después la maestra le había asignado un lugar en la última fila, cerca de la ventana que daba a la calle.- Mejor -había pensado él en su vergüenza. Así podía distraerse a su gusto sin tener que escuchar lo que no entendía ni le interesaba entender. Además, sin ser mirado, podía mirar hacia la calle, lugar más interesante, y reconocer los autos que pasaban -no había muchos autos y por eso los conocía a casi todos los que circulaban por la ciudad, sobre los rieles del tranvía, porque el tosco empedrado de entonces los hacía saltar a diestro y siniestro con mucho ruido de la carrocería.

Se sentó en su banco en el momento en que llegaba la maestra. Estaba ella impecable, como siempre, vestida de blanco, brillante el pelo ensortijado, los grandes ojos de gato, entre castaños y dorados, en una cara blanca y empolvada, también gatuna pero nada fea. La boca, que era chica, era sabido que escondía dientes hermosos, y eso que no solía sonreír casi nunca. Pulcra, metódica, severa, urgente, eficaz, la señorita Duarte Leal era hermana de dos maestras, prima de seis maestras y, lo más notable, hija de padre y madre maestros. [102]

Jorge la miró desde su banco, a diez pasos de distancia, lista para entrar en acción. A un ademán de la maestra, el mejor alumno de la primera fila se levantó y borró el pizarrón con trazos de tiza del día anterior. La observó con aprensión. No entendía él nada de aritmética, y de aritmética sería la clase.

Íntimamente se sentía culpable y le dolía su desaplicación sin remedio, le dolía la afrenta que la maestra le infligiera al declararlo públicamente inepto. Él no sabía por qué era desaplicado. Lo era, y había sido castigado. No podía prestar atención más que a su propio divagar. La maestra lo intimidaba; no podía quererla y eso que en su casa oía elogios de los Duarte Leal, familia heroica, sacrificada, de maestros. Lo que él oía en su casa le parecía la verdad misma; no lo cuestionaba nunca. Le disgustaba aquella

personalidad fuerte y algo amarga, centrada en el mirar felino, en la nariz enérgica, en la boca a menudo tensa en un rictus desagradable. (Alguien -Alfonsito Sosa- le había hecho una caricatura, bastante buena, con bigotes y orejitas de gato).

Jorge, mientras tanto sin oír lo que la maestra estaba diciendo, tiza en mano frente al pizarrón y el busto considerable a medias vuelto hacia la clase, divagaba como de costumbre. Se veía a sí mismo en su casa pidiendo los pesos para el cuaderno y los lápices amarillos. Su madre lo miraba con azoramiento, bajaba los ojos y, nerviosa con forzada sonrisa le decía: -Yo te voy a hacer un cuaderno. No te preocupes.- Veía que le temblaban las manos ahora que, apuradamente, cortaba papeles blancos con las tijeras de sus costuras no ya sólo para la casa, sino mercenarias.

Desde hacía meses su madre se había hecho costurera. Ahora los ojazos negros de su madre lo miraban, furtivamente, con dulzura. Ya los papeles blancos se iban convirtiendo en páginas, las páginas en un cuaderno; la tapa de otro cuaderno, viejo y forrado, sin forro ahora parecía nueva, y se convertía en la tapa del cuaderno casero flamante. Ahora veía cómo la pluma y la regla esgrimidas [103] por su madre trazaban el cuadrilátero del rótulo. ¡Qué hábil, su madre, pobre! Era costurera; cosía para sus amigas ricas.

Su imaginación voló hacia otras cosas. Se vio otra vez a sí mismo, no en su casa sino en el patio alto de la escuela, el primer día de clase. Todos estaban formados en el patio. La Directora y las maestras, de pie sobre unos largos escalones tenían aire solemne. La profesora de música, bajita y flaca, sentada en su taburete frente al piano, tocaba las teclas blancas y negras sin hacerlas sonar todavía. Arriba, el cielo celeste reverberaba; en todas partes el calor parecía ya convertirse en llamas, incendiar los guardapolvos y la bandera tricolor. De pronto estalló el Himno Nacional en el piano y en centenares de gargantas. Él se sintió aniquilado por la terrible música gritada, solo entre extraños, lejos de su casa, náufrago en esa masa anónima de guardapolvos blancos, y tuvo atroces ganas de llorar pero no lloró porque ni llorar podía; odió, sí, la odiosa escuela con sus maestras rígidas como sargentos vestidos de mujer, con aquellos chicos vulgares y groseros -salvo unos cuantos que parecían mejores-; y odió ser chico y odió vivir en aquel día.

Se olvidó de esto y volvió a pensar en su madre, en lo que pasaba en su casa. Su papá, pintor y grabador español, ya ni pintaba ni grababa; había trabajado un tiempo en un diario. Lo habían felicitado mucho; escribía tan bien como pintaba, se decía en la ciudad. Pero... el sueldo no servía para nada. Entonces se había empleado en el ferrocarril central. Ahora estaba cesante. Su madre, concertista de violín un tiempo, ganadora de premios, ahora hacía vestidos para sus antiguas amigas adineradas.

Y otra vez Jorge vio nítidamente a su madre entregándole el cuaderno:

-¿Qué te parece? ¡Es tuyo!

Y la dulce mirada de su madre al hacerle el regalo le estrujó el corazón. Tuvo entonces una gran urgencia de ver ahora mismo el cuaderno que le había hecho; metió las manos en el cajón bajo el [104] pupitre de su banco, sacó el cuaderno y comenzó a hojearlo.

Oyó en eso un taconeo rápido y violento. Alzó los ojos. La maestra ya se inclinaba, furiosa, sobre él, gritándole:

-¡Señor Jorge García! ¡Yo le voy a enseñar a atender en clase!

Unos ojos iracundos entre castaños y dorados lo espantaron más que la voz en grito. La maestra le arrancó el cuaderno, lo alzó a la altura de sus pechos y tiró de él con ambas manos, en sentido contrario una de la otra. El cuaderno se rompió en dos. La maestra unió los pedazos y los arrojó al suelo con indignación jadeante.

El bajó la cabeza cerrando los párpados para atajar las lágrimas, el corazón dándole brincos bajo el guardapolvo y, en la garganta, en el cuello, un subir y bajar que no entendía. Sin abrir los ojos, sabía él que treinta pares de ojos lo miraban con burla y alegría.

Llegó a su casa muy abatida, muy cansada. Entró en el baño y, al fin, tras haberse reprimido mucho, vomitó. Había pasado horas muy crueles desde la una de la tarde. Ella, que tanto creía en la disciplina, en la autoridad, en el rigor; ella que había sido educada en la severidad, en la austeridad, en la orgullosa dureza de la pedagogía de su tiempo se sentía deshecha. No había vacilado nunca en sus convicciones; se sentía justificada hasta tal punto en el ejercicio de su profesión que nunca había cuestionado la eficacia de una dureza supuestamente indispensable. Pero nunca hasta aquella siesta de marzo, nunca había visto unos ojos infantiles tan desvalidos, tan llenos de terror y de pena; nunca había visto un reprimido llanto como el llanto silencioso del mal escolar de la última fila.

Fue a su cuarto, cerró la puerta y se acostó en la limpia cama de soltera. Y cuando estallaron sus sollozos no sólo tuvo pena por el muchachito distraído humillado por ella: tuvo también pena por [105] sí misma, por su vida frustrada, por la abrumadora revelación de que había sido, durante años y años, dura, cruel, acaso abominable.

Jorge, que al llegar a su casa dijo estar enfermo, con dolor de cabeza y dolor de estómago fue llevado a su cuarto. La madre le dio un té de naranja, le puso la mano sobre la frente, pensó que acaso tendría fiebre.

-No es nada -aseguró.- Estás cansado. A dormir, un rato.

Serían ya las ocho de la noche cuando llamaron a la puerta de calle. Jorge dormitaba en su cama. Oyó voces confusas durante unos minutos; después un ruido de pasos familiares. Era su madre.

-¿Estás vestido? -preguntó- Viéndolo en ropa interior, agregó:

-Aquí está tu guardapolvo; yo te ayudo a ponerte los zapatos. Te conseguí unas ligas...

En la desnuda salita de los García, Jorge tuvo un sobresalto: allí estaba la maestra de pie con un paquete en las manos.

-Vine -le dijo- para traerte un cuaderno nuevo.

Y de pronto se sintió abrazado con desesperación y envuelto en un llanto convulsivo.

1984 [106]

2010 - Reservados todos los derechos

Permitido el uso sin fines comerciales

---

[Facilitado por la Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes](#)

Sútese como [voluntario](#) o [donante](#) , para promover el crecimiento y la difusión de la [Biblioteca Virtual Universal](#) [www.biblioteca.org.ar](http://www.biblioteca.org.ar)

Si se advierte algún tipo de error, o desea realizar alguna sugerencia le solicitamos visite el siguiente [enlace](#). [www.biblioteca.org.ar/comentario](http://www.biblioteca.org.ar/comentario)

